Queridos hermanas y hermanos,

¡¡Sin ninguna duda la Vigilia Pascual es la celebración más bella de todo el año litúrgico!! ¡¡La celebración más importante del año!! Todo es perfecto. Todo tiene sentido, todo es muy expresivo, no hay nada accesorio. Todo es profundamente catequético: los gestos, las palabras, el ritmo, expresan muy bien el acontecimiento que hoy hacemos presente...

Hemos empezado fuera de la Iglesia, a oscuras... La oscuridad nos habla del mal del mundo, del pecado del mundo. Hoy en día vivimos en un mundo con muchas oscuridades, hay mucha tiniebla en nuestro mundo. Y nosotros en medio de esa oscuridad estamos llamados a ser luz. "*Vosotros sois la luz del mundo*". Llamados a ser luz en medio de la oscuridad... Confiemos de que si celebramos bien la Vigilia Pascual hay gente que recibirá gracias que le lleven a la conversión. Las celebraciones de la Iglesia son eficaces. Por lo tanto, participando de la Vigilia Pascual estamos siendo luz.

Pero la oscuridad no sólo nos envuelve, también en nuestro interior hay oscuridades que es preciso eliminar. Nadie que sea un poco sincero consigo mismo puede negar que peca...

Nosotros necesitamos la luz. Queremos pasar de la oscuridad a la luz. ¡¡Anhelamos la luz!! A mayor anhelo, más luz recibiremos.

En medio de esta oscuridad aparece una luz. ¡¡Es la luz del Cirio Pascual!! Es la luz del Cristo. Cristo es la luz. Él mismo nos lo dijo: "*Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas*".

El cirio Pascual es el símbolo de la resurrección de Cristo. Él vence la oscuridad. Él vence a la muerte. ¡Y resucita! Hoy mirar el cirio es ver a Cristo resucitado.

Cristo resucita para nosotros, para entrar en comunión, encontrarse, con nosotros, con más intensidad. Resucita para cada uno... deseoso de encontrarse con cada uno.

Cristo toma nuestras oscuridades, nuestras tinieblas, y nos introduce en la luz, nos lleva por un camino de luz. ¿Por qué somos luz, o por qué estamos llamados a ser luz? Porque él brilla en nosotros. Esa es nuestra misión, dejar que él brille en nosotros. Para eso él debe estar en nosotros.

Y siguiendo al Cristo Resucitado, representado en el cirio pascual, hemos entrado en la iglesia. Es Cristo quien nos introduce en la Iglesia. Es Cristo quien funda la Iglesia. Es Cristo quien me llama a seguirle, en la iglesia, no como a mí me parece...

Decía Eduardo Verastegui, converso: "La mejor manera de no ser católico, es ser católico a mi manera". Seguimos a Cristo en la Iglesia.

Y dentro de la Iglesia, no fuera, hemos recibido la luz. La Iglesia que es madre nos ilumina. La Iglesia que quiere nuestro bien, nos da la luz para caminar por la vida. Desobedecer a la Iglesia es desobedecer a Dios, "*quien a vosotros escucha, a mí me escucha*". Hemos de amar mucho a la Iglesia. Aunque sus miembros tengan defectos, hemos de amarla. ¡En ella está presente Cristo! En ella Cristo nos derrama sus gracias.

Y la luz que hemos recibido, la comunicamos. Nos la pasamos los unos a los otros, tal y como hemos de hacer en nuestra vida. Si somos aquí es porque durante unos mil quinientos años en Parets, los cristianos se han ido pasando la luz los unos a los otros. Es necesario iluminar a los que nos rodean y comunicar la luz del Cristo.

¡No estamos hechos para escondernos, sino para dar luz! Que no sabes como hacerlo… pues pide la gracia… "¡Señor ayúdame a ser luz!"

Si él realmente está en nosotros… hemos de ser indefectiblemente luz.

Después hemos proclamado la Palabra de Dios, que es luz para nuestras vidas, porque no es una palabra que nos habla del pasado, sinó que es una palabra que habla a nuestra vida: aquí y ahora.

Y el hecho de proclamar tantas lecturas nos habla de la importancia de la Palabra. "El evangelio es la boca de Jesús." Él nos habla por el evangelio. Pero el evangelio también son las manos de Jesús, a través de las cuales Jesús cura, sana, comunica la salvación. El Evangelio genera un espacio donde Jesús se hace presente y actuante. Por esto, es tan importante vivir con la Palabra en las manos.

Pidamos a Jesús que resucita para cada uno de nosotros que nos haga luz para tantos y tantas que nos rodean.